dose los ojos con las manos, y poco despues añadió: ¡ Ay señor Cura, qué reflexîones me ha despertado vuestra historia! ¡ Qué ciertos son los estragos que han producido sus escritos tan lisonjeros como corruptores! Yo soy una de sus mas infelices víctimas, y he visto que lo han sido muchos de los jóvenes de mi tiempo. Voltaire era nuestra ordinaria lectura, la novedad atrevida de sus opiniones nos sorprehendia, la anchura que daba á nuestros corazones, quitándonos los terrores y abriéndonos las puertas á todas las pasiones, nos alhagaba. Sus ligeros raciocinios nos detenian, y las continuas sátiras con que los sazonaba nos divertian.

Con estas disposiciones era dificil convertir á ninguno de los que estábamos pervertidos. Para conseguirlo hubiera sido menester sujetarnos á un estudio serio, á una instruccion seguida, en que poco á poco y con una progresion lenta y sólida se nos hubieran hecho conocer las mentiras, falsedades y horrores que hormiguean en sus fatales obras, y esto es lo que no queriamos hacer.

Os confieso que quando en estos últimos tiempos, ya desengañado he leido algunas de las obras que se han compuesto contra Voltaire, Rousseau y los demas Sofistas, entre otras las de Mr. Bergier, os confieso, digo, que me he asombrado de la facilidad y la evidencia con que los convencen de sus mentiras atroces, de la claridad con que demuestran sus calumnias, y en fin de la fuerza y solidez con que deshacen todos sus falaces raciocinios. Yo me espantaba de la ciega y estúpida insensatez con que habiamos dado

crédito á los Predicadores infernales de la incredulidad.

Es imposible leer con imparcialidad estos escritos sabios, exâctos y verdaderos que los impugnan sin convencerse de la mala fe de aquellos sectarios; pero para esto era menester no estar bien hallado con sus errores que lisonjean nuestras pasiones, era menester buscar la verdad con buena fe, y leerlos con deseo de encontrarla, y ni yo ni mis compañeros estábamos en esta disposicion, como no lo está la mayor parte de los lectores, aunque se comprehendan en este número los que pasan por instruidos.

Vos habeis dicho muy bien, señor Cura. La mayor parte de estos lectores no leen á Voltaire, Rousseau y los demas autores de esta especie, sino porque hallan en sus ideas opiniones que los alhagan y divierten. Les seria muy áspero leer libros que los desengañen, y poco agradable leer aquellos que necesitan de aplicacion. El veneno es dulce, y la triaca les parece amarga. Esta es por lo comun la conducta de los hombres, conducta insensata, pues con ella caminan á su perdicion, pero general, porque nace de que no conocen el riesgo, y de que tienen poca idea de la importancia de las cosas.

Parece natural que en un asunto tan grave, en que se trata no ménos que de la eterna felicidad, ninguno se atreva á adoptar opiniones sin haberse instruido ántes de todo para hacerlo con conocimiento, y que seria locura arrojarse á tanto peligro sin haber ántes tomado todas las medidas que le puede sugerir su razon; sobre todo quando ha recibido en su cuna una Religion

que le pasáron sus mayores, quando esta Religion le presenta grandes esperanzas y amenazas terribles, y en fin quando la vé seguida y respetada en todos los siglos por los hombres mas sabios.

Aquí dixe yo: Señor Cura, por la descripcion que habeis hecho, me figuro ver á Voltaire como al Viejo de la montaña, con la diferencia de que este enviaba asesinos para dar la muerte á individuos; pero aquel enviaba libros pestíferos que la daban á pueblos, á naciones enteras, y aun si no se toman precauciones, la darán á los siglos venideros. Teneis razon me respondió el Cura. Vuestra reflexîon es justa, y yo tengo el mismo temor. Si sus libros subsisten, y no se instruye mejor á las naciones preservándolas de su influencia con el estudio de la Religion, no hay Gobierno seguro, no hay culto que pueda sostenerse, ni habrá costumbres que no se corrompan. No hablo solo del estudio que se da en la niñez enseñando un corto número de verdades eternas, sino de un estudio de la Religion que presente en grande su magestuoso edificio, que inspire tanta admiracion como amor, y que manifieste las pruebas evidentes que convencen que ella viene de Dios.

Estos son los únicos medios de arraygarla en nuestro corazon. Estos son los únicos principios que pueden determinarnos á morir ántes que perderla, á abandonarlo todo ántes que separarnos de su profesion; y si no se nos instruye á fondo en ellos, no somos Christianos sino de una manera obscura y confusa; esto es por persuasion. Pero si los Pueblos estan bien cimentados en su verdad, si conocen bien sus basas indestructibles y eternas, su antigüedad que nació con el mundo, las profecías que anunciáron al divino Redentor, su advenimiento tan asegurado y tan prevenido, los continuos milagros que evidencian su mision Divina, su tan demostrada y auténtica Resurreccion, y en fin todas las demas pruebas que acreditan con evidencia su verdad; la falsa Filofía no podrá hacer nada contra una nacion bien penetrada de la certidumbre de la Ley que adora.

El Pueblo convencido de la verdad de su Religion la amará y obedecerá sus preceptos, y ellos le enseñarán, que aunque sea á costa de su vida, no debe tolerar que se altere su pureza, que se corrompa la integridad y candor de su Madre la Iglesia; de esta Santa Madre que le recibió en su seno, á quien juró fidelidad y obediencia, y que con su fe y esperanza le conduce á las dichas de la eternidad. Tambien aprenderá á defender su Rey, que es imágen de Dios sobre la tierra, y á quien ha jurado tambien fidelidad; y perderá mil veces su fortuna y su vida ántes de consentir en la menor desobediencia.

Si los Sofistas han encontrado tanta facilidad en trastornar las ideas religiosas en algunas gentes, si han podido lograr designios tan terribles y temerarios, es porque la incuria de la educacion las ha dexado en la ignorancia de las verdades de la Religion; es porque profesaban el Christianismo no por conviccion ni por un asenso íntimo de su alma, sino sin saber por qué, y sin ningun afecto ó respeto interior. La ignorancia léjos de poder inspirarles amor, no podia producir otro que in-

diferencia. No era ni podia ser aquel culto de su corazon, sino de su costumbre. En una palabra, porque eran máquinas christianas, y el primer ímpetu de contradiccion era capaz de desorganizarlas sin resistencia.

Vé aquí en mi juicio la causa mas principal de tantos estragos, y la que debe hacer temblar todas las naciones Christianas. No hay ninguna que no esté amenazada del mismo riesgo, y que no deba precaverse contra él por todos los medios. Aquí quisiera yo levantar el grito para que me oyeran todos los pueblos de la tierra, y decirles: Si teneis la dicha de haber nacido en el seno de la verdadera Iglesia, que vuestro mayor esfuerzo, vuestro primero y mas esencial cuidado sea el de instruiros á fondo de vuestra Santa Religion, la única verdadera, la única que puede hacer felices en la tierra, y eternamente dichosos en el Cielo. Penetraos de su verdad, y tened el consuelo de saber que el mismo Dios, que se dignó de comunicarla á los hombres, la ha revestido de pruebas tan claras y multiplicadas, que no pueden dexar de convencer á la razon quando con buena fe las exâmina.

Cerrad tambien los oidos á esas pérfidas sirenas, á esos maléficos Sofistas, que no solo os inducen á atropellar lo mas respetable de la tierra, sino que se atreven á arrojar sus insultos contra el Cielo. No escucheis sus seductores y falaces raciocinios. Creed que vuestros padres, y tantos hombres grandes que les han precedido, y que siempre manifestáron tan religiosa sumision á los principios de la fe, eran mas sabios que ellos, y no estaban tan corrompidos. Así para que sus ataques

os encuentren inexpugnables, y para que podais burlaros de sus errores y delirios, aplicaos, estudiad y comprehended la Santa Religion que profesais.

Sí, Christianos, enteraos de vuestra Religion, ella misma os defenderá contra todos sus enemigos, y tendreis la satisfaccion de no poder dudar, que esta Religion en que Dios os hizo la gracia de que nacieseis, es tan dulce y consoladora, como cierta y segura. Que si este Dios de bondad os presenta en ella misterios obscuros para el exercicio de vuestra fe, tambien la acompaña de pruebas tan luminosas, de monumentos tan incontrastables, que es imposible que se esconda su evidencia á la sinceridad del exámen; vuestra propia razon bastará á convenceros que Jesu Christo la dió á los hombres, que Jesu Christo es Dios, que debemos creer quanto nos dixo, y obedecer quanto nos mandó, no ménos que á su Iglesia; pues la constituyó el órgano y la depositaria de su autoridad.

Me parece que en esta parte, dixo mi amigo, no tiene nuestra Nacion que envidiar á ninguna. Yo no conozco otra que conserve tan pura la fe de sus mayores; por lo ménos no hay entre nosotros variedad de creencias, todos somos Católicos, y estamos unidos de comunion con la Iglesia Apostólica Romana. Tampoco esa falaz Filosofía ha podido hallar acojida entre nosotros; nuestra educacion la resiste, y repugna á nuestro corazon. Por otra parte el Gobierno con incesante afan la rechaza de nuestros confines, y hasta ahora á Dios gracias no ha podido el mortífero veneno de este monstruo infestar los corazones Españoles.

Yo lo sé, le respondió el Cura; y ha mucho tiempo que atribuyo la unidad de nuestra creencia á la vigilancia y atencion con que se sostiene no solo la pureza de la fe que brilla entre nosotros, sino tambien la paz interior, y la tranquilidad de que gozamos. Echo los ojos por todas las naciones, y veo que las unas mas las otras ménos todas han estado y estan sujetas á turbaciones é inquietudes. Vuelvo la vista á la nuestra, y hallo que ella sola ha conseguido mantenerse siempre tranquila, tan sometida á los Reyes que la gobiernan, como fiel al antiguo culto que profesa. Busco la causa de ventajas tan inestimables, y no puedo encontrar otra que el cuidado de conservar la unidad de nuestros principios religiosos.

Pero aunque esto sea así, me parece que no basta para el riesgo que amenaza á la Europa, y que es preciso no solo conservar lo que se tiene, sino instruirse fundamentalmente para defenderse de los ataques que se pueden temer. Los riesgos son hoy mayores que nunca. La impiedad hace cada dia nuevos y rápidos progresos, y multiplicándose los peligros, es indispensable multiplicar los remedios.

Aquí exclamó mi amigo: No es posible negar que en todas las suposiciones, y en todos los casos el estudio de la Religion no sea siempre muy útil y necesario. Nadie lo sabe mejor que yo, que he sido víctima infeliz de este descuido; y estoy persuadido, que la ignorancia con que me educáron así del espíritu y grandeza de la Religion, como de los fundamentos que prueban la divinidad de su orígen, es la causa original de todos

mis delirios. Me parece que si yo hubiera sabido en mi juventud lo que ahora, mi conducta no hubiera sido tan desenfrenada: y creo tambien que esta es la causa general de que nace no solo la impiedad de las opiniones, sino tambien la relaxacion de las costumbres.

Por otra parte nada puede ser tan eficaz para amar cada uno su Religion, obedecer sus preceptos, y excitarse á la práctica de la virtud, como estar vivamente persuadido de su verdad, y vivir con la esperanza segura de los bienes inmortales que promete. Pero, señor Cura, ¿os parece esto fácil? ¿Hallais posible que toda una nacion se instruya en un objeto que exige aplicacion, meditacion y estudio? Tres clases de personas componen por lo comun una nacion. Hablemos de cada una separadamente, para ver si es posible darlas, y esperar de todas que reciban esta instruccion.

La primera es la clase de gentes ricas ó acomodadas, que reciben en su familia una educacion distinguida. Yo quiero suponer la mas sobresaliente; ¿pero á qué se reducirá esta educacion? En su infancia y quando apénas tienen bastante inteligencia para entender las cosas comunes, se les enseñará por un Catecismo las verdades mas indispensables de la Religion. Es imposible que entónces puedan comprehender misterios obscuros y profundos: será menester repetirselos en edad de mayor reflexîon; pero apénas empiezan sus facultades á desenvolverse quando se les ocupa en la Latinidad y otros estudios, sin que se les vuelva á hablar de Religion. Desde allí pasan al Colegio, á la Universidad, y á otras Escuelas donde á excepcion de algunas que profesan piedad, tampoco se

les habla de ella, y donde no se les ocupa mas que en Física, Teología, Derecho, Medicina, ó en otras ciencias de esta especie.

Desde que se acaban estos cursos, cada uno se va por su lado á seguir la profesion que escoge. Los unos se casan, los otros siguen el Comercio: cada qual emprende una carrera, pero en ninguna encuentra la ocasion ni los medios de volver á estudiar la Religion. Así solo pueden instruirse en ella los que por gusto propio, y porque una razon mas bien dirigida les hace conocer la importancia, quieren aplicarse de veras á este objeto; y ya se ve que en el curso ordinario de las cosas serán pocos los que tengan el gusto y el tiempo, las proporciones y la ocasion que exîge un estudio tan serio. La mayor parte abandonada á los secos y cortos rudimentos que aprendió en su niñez, apénas quedará con las nociones mas necesarias, y estas mismas serán muy estériles y diminutas.

Peor será la condicion de las personas de mediana esfera, que supongo ser de la segunda clase. Estas son las que naciendo en una familia que no puede vivir sino con su trabajo, necesitan de que sus hijos aprendan un arte, oficio ó profesion mecánica para subsistir con ella; y es claro que estas tendrán una educacion mas escasa y descuidada, y que apénas habrán aprendido á leer medianamente, apénas llegarán á la edad en que tengan la razon y la fuerza suficiente, quando se les pondrá á estudiar ó á practicar los rudimentos de la profesion que han escogido.

Desde entónces ya no estan en el caso de recibir

otra instruccion fundamental. Lo único que pueden hacer es escuchar los dias de fiesta algunos sermones, si su devocion los conduce; pero por lo comun nuestros sermones son muy útiles para exhortar á los persuadidos; mas no estan destinados ni para convencer á los incrédulos ni para instruir á los ignorantes. No dudo de que Dios por su bondad suplirá con sus dones este defecto de instruccion, y que alumbrará á los buenos espíritus con su gracia; pero es cierto que yo no veo cómo sea posible extender una instruccion útil á las personas de esta clase.

Ménos veo la posibilidad en las gentes de un órden inferior destinadas por la naturaleza á los trabajos mas rudos de la sociedad: por exemplo, los Labradores, Arrieros, Carruageros, y todos los trabajadores de esta especie, que ni siquiera aprenden á leer, y que no tienen otras ideas de la Religion, que las que les han dado sus padres tan poco instruidos como ellos mismos. ¿Cómo digo, esta masa de la Nacion la mas numerosa, y al mismo tiempo la mas ocupada, porque su pobreza la obliga á un trabajo incesante, que les embarga todo el tiempo y todas las atenciones, podrá entregarse al estudio de un objeto que supone una historia, y que necesita no solo de espacio y comodidad para escucharla, sino de ideas y facultades para sentirla? Desde luego confieso que este estudio es el mas digno, y el único necesario; pero exâminando la constitucion de la Sociedad, no veo:::

No niego, señor, le interrumpió el Cura, que á primera vista no se encuentren esas y otras grandes di-